

ADAM BLADE

AQUA FIERAS

¡CROMOS
COLECCIONABLES
DE REGALO!

DESTINO

MANAK

EL DEPREDADOR SILENCIOSO

MANAK,
EL DEPREDADOR SILENCIOSO



ADAM BLADE

Traducción de Teresa Muñoz

Un agradecimiento especial a Brandon Robshaw

Para Toby Reid



DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2018
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Manak. The silent predator.*

© del texto: Beast Quest Limited 2013

© de las ilustraciones de cubierta e interiores: Artful Doodlers,
con un agradecimiento especial a Bob y Justin - Orchard Books 2013

© de la traducción: Teresa Muñoz, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: julio de 2018
ISBN: 978-84-08-19244-2
Depósito legal: B.13.887-2018
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO UNO

HACIA EL NORTE



Max estaba en los muelles de la poderosa ciudad de Aquora. Su madre le tenía cogida la mano izquierda; su padre, la derecha. Su madre llevaba un mono de ingeniero verde pálido, y una ligera brisa removía su largo cabello rojizo. Su padre era alto y se le veía orgulloso con su uniforme negro de Ingeniero Jefe de Defensa. Era un día cálido y luminoso, y la luz del sol relucía sobre las olas del océano.

«No puedo creer que esté de vuelta con mamá y papá otra vez —pensó Max—. ¡Estaba convencido de que los había perdido para siempre!» Le sonrió a su madre. Ella también le sonrió, y le apretó la mano.

—¿Adónde habías ido? —le preguntó—. ¿Por qué habéis estado fuera durante tanto tiempo?

—Nunca me fui, Max —dijo ella—. Siempre he estado contigo.

Max se volvió hacia su padre.

—¿Cómo te escapaste? Te habían capturado... secuestrado.

Su padre negó con la cabeza.

—Eso no ha sucedido nunca. Debes de haberlo soñado.

Max sintió que el suelo bajo sus pies temblaba. Miró hacia abajo y vio que la cubierta se estaba partiendo. Una enorme brecha se abrió entre él y su madre y se ensanchó muy

rápido. Sus manos se soltaron cuando se separaron el uno del otro.

—¡Mamá!

Otra grieta apareció entre él y su padre. Los dos le tendían la mano, pero el suelo donde él seguía de pie se estaba alejando.

Entonces oyó el crujido de la mampostería derrumbándose. Pedazos de acero, cristal y cemento fueron a parar al mar provocando enormes salpicaduras. Aquora se estaba partiendo. Sus padres cayeron al mar y desaparecieron bajo las olas.

—¡No! —gritó. Se quedó en una plataforma flotante. Esta se balanceó y volcó. Y entonces él también se precipitó de cabeza al océano.

Max se sumergió bajo las olas. En el agua oscura y helada vio el rostro gigante de un hombre con el pelo gris muy corto, de ojos penetrantes y vivos, y una boca cruel y son-

riente. «Conozco esa cara —pensó—. Conozco a ese hombre, pero... ¿quién es?»

El rostro gigante abrió la boca. En lugar de lengua, de ella emergió un monstruo baboso con tentáculos. Cogió a Max por las piernas y lo arrastró todavía más abajo en el océano. No podía respirar.

Max golpeaba a la criatura con todas sus fuerzas. Pero no funcionaba. Un tentáculo largo y húmedo le oprimía el cuello...

—¡Aaahhh! —gritó.

Abrió los ojos de golpe. Miró a su alrededor intentando descubrir dónde se encontraba. Poco a poco se incorporó. Estaba en el interior de una concha gigante, en una cueva submarina. Lia flotaba al lado de la concha acunando a un gracioso pececillo entre sus manos. Era verde, de la medida de un gatito, con unos ojos preciosos y largos bigotes que le salían de la mandíbula.



—Es un pez bigotudo —dijo Lia—. Son inofensivos. Solo quería jugar. —Le acarició la cabeza y lo dejó ir. El pequeño pez hizo unas piruetas y desapareció.

—Lo siento —dijo Max—. He... he tenido una pesadilla.

—¿Cómo estás? —preguntó Lia.

Max se incorporó, salió de la concha y estiró los músculos.

—Estoy bien —afirmó—. Supongo que todavía estoy afectado por todo lo que nos ha

ocurrido. Que te arrastre la corriente, que casi te coma un pargo, y tener que luchar con dos monstruos marinos... Y todavía no sé dónde está mi padre.

—Te sentirás mejor después de comer —dijo ella—. He recogido unas setas marinas mientras dormías. —Señaló una concha de la medida de un plato, en el fondo marino, llena de cosas esponjosas rojas y verdes que parecían setas selectas.

—Oh —exclamó Max con una ligera sensación de temor. Hasta ahora la comida de los merryn no le había conquistado el paladar—. ¿Están... buenas?

—Son deliciosas... ¡y además te sentarán muy bien!

Max notó que lo invadía una sensación de inevitabilidad.

Lia recogió la concha. *Spike*, su mascota pez espada, se le acercó y la acarició con

el hocico. Le puso un par de trozos en la boca.

—Vale, probaré a ver... —dijo Max. Cogió una de las setas marinas y la mascó.

—¿Qué te parece? —le preguntó Lia.

—Es... diferente —repuso él. En realidad le pareció que tenía el mismo sabor que tendrían unos calcetines viejos. No podía entender cómo Lia era capaz de decir que eran deliciosas. Pero no había nada más para comer, y sería desconsiderado rechazarlas. Así que se forzó para comer algunas más.

—Será mejor que vayamos moviéndonos —propuso cuando terminaron de comer.

Tenían que encontrar la siguiente pieza de la calavera de Thallos robada por el malvado Profesor. Sin la calavera, los aquapoderes de los merryn se estaban debilitando, y el pueblo de Lia no sería capaz de defenderse de los planes del Profesor de esclavizarlos a todos y

dominar el océano. Pero Max también tenía sus propios motivos para vencer al Profesor: había secuestrado a su padre.

—¿Ya has comido suficiente? —se sorprendió Lia.

—Definitivamente, sí —le aseguró Max.

Le tocó la cabeza a *Rivet*, y el perrobot, que había estado en modo de reposo, se despertó al instante. Sacudió su rechoncha cola de un lado a otro.

—Días, Max. Días, chica. Días, pez.

—Buen chico, *Rivet*. —Max abrió el compartimento de almacenaje del lomo del perro y sacó las dos partes de la calavera de Thallos que habían arrebatado a las aquafieras, CéfaloX, el cibercalamar, y Silda, la anguila eléctrica. Las partes se habían fusionado para formar la parte inferior de la calavera de tal manera que parecía que jamás hubieran estado separadas. Brilló con una suave

luz azul. Max miró la mandíbula puntiaguda y las cuencas de los ojos y casi no pudo evitar echarse a temblar.

Soltó la calavera. Esta flotó en el agua delante de él, y entonces, poco a poco, giró y se quedó quieta.

—¡Hacia el norte! —exclamó Lia.



—¿Cómo sabes dónde está el norte? —le preguntó Max—. Aquí abajo no hay sol para orientarte.

—Soy una merryn —repuso ella—. Siempre sabemos en qué punto del mar nos encontramos.

Max se subió a su moto acuática y arrancó el motor. *Rivet* se puso a su lado y Max devolvió la calavera al compartimento trasero de su perrobot. Lia se montó en *Spike* y emprendieron la marcha para salir de la cueva.

Pronto estaban surcando el océano a toda velocidad. No hablaron mucho mientras avanzaban sobre las colinas y los valles submarinos, pasando bancos de peces y campos de suaves y ondulantes algas. Max estaba pensando en la pista que habían encontrado en el submarino abandonado del Profesor... ¿Fue ayer? Ahora sabían que la base

del Profesor estaba en Cuevas Negras. Y debía de ser allí donde estaba retenido el padre de Max. Pero ¿en qué lugar de todos los océanos de Nemos estaría Cuevas Negras?

—¡Espera! —dijo Lia, y tocó el lomo de *Spike* para que redujera la velocidad. Max apretó los frenos.

—¿Qué?

Lia parecía preocupada.

—Si seguimos yendo hacia el norte llegaremos al bosque de las Almas.

—¿Y eso es malo? —preguntó Max.

—¡No debemos ir sin estar preparados! —respondió Lia. De golpe, hizo que *Spike* se diera la vuelta y salió disparada.

—¿Adónde vas? —le preguntó Max alzando la voz.

Lia gritó algo por encima del hombro, pero Max no pudo oír lo que había dicho.

AQUAFIERAS

Giró el acelerador y corrió para alcanzarla. En aquel momento solo tenía un pensamiento en su cabeza: «¿Qué es el bosque de las Almas?».